

Cómo un viaje a la Polinesia Francesa puso a Herman Melville en el curso para escribir "Moby-Dick".

Por: William Tanner Vollmann

Traducción de Edmundo Mantilla

1

Esta es la historia de un hombre que huyó de un confinamiento desesperado, se arremolinó en las tierras de ensueño de la Polinesia sobre una tabla, navegó de vuelta a la "civilización", y luego, su genio, previsiblemente no remunerado, tuvo que recorrer el universo en una pequeña habitación. Su biógrafo lo llama "un tipo desafortunado que ha llegado a la madurez sin dinero y con poca educación". Desafortunadamente, también fue así como terminó.

¿Quién podría haber predicho la grandeza que le esperaba a Herman Melville? En 1841, el joven sincero se escapó de su casera sin pagar y firmó con Acushnet, el ballenero de New Bedford, con destino a los mares del sur. Tenía 21 años, ansioso y –lo que era sorpresivo– de mente abierta; anhelaba no sólo ver sino también vivir. En *Typee* (1846) y *Omoo* (1847) y en las otras novelas marineras inspiradas en sus hazañas de los tres años siguientes, escritas en la media década antes de que comenzara *Moby Dick*, su viaje de palabras a bordo del Pequod, Melville escribió con gran curiosidad sobre los temibles "salvajes" y la otredad cultural. Para honrar a este profeta de la empatía, esta primavera me dirigí a la Polinesia Francesa, para ver algo de la parte acuática del mundo, y para ver lo que pude del lugar y de sus habitantes, que formaron en nuestro novelista su conciencia moral y dieron vela interminable a su lenguaje y sus metáforas. De vuelta en América, tuvo que aprender a saborear estos dones, pues luego de probar brevemente el éxito no tendría mucho más para sostenerlo.

2

Herman Melville nació hace 200 años, el 1 de agosto de 1819. Sus dos abuelos fueron celebridades de la Guerra de la Independencia. El padre de su madre, Peter Gansevoort, había defendido el Fuerte Schuyler contra los Casacas

Rojas. El padre de su padre, Thomas Melvill (no "e"), uno de los co-conspiradores de Samuel Adams, participó en aquel infame vandalismo llamado el Boston Tea Party. Después de la victoria, ambos se enriquecieron. Desafortunadamente para Herman Melville, su padre, Allan, pidió mucho dinero prestado de muchas partes, incluyendo la herencia aún no asignada de su esposa, ocultando deudas, eludiendo a los acreedores.

Allan murió en 1832. Ahora Herman, de 12 años de edad, tuvo que dejar la escuela para trabajar arduamente en el Banco del Estado de Nueva York, del cual su implacable benefactor, el tío Peter, era uno de los directores. De esta tortura, el niño fue sacado para trabajar en el establecimiento de peletería de su hermano mayor, Gansevoort, que en ese momento fracasó. Lo vislumbramos de vuelta en la escuela, y luego fuera de ella: un aspirante de agrimensor del canal, y probablemente un jornalero contratado. "Tristes desilusiones en varios planes que había esbozado para mi vida futura", dice la primera página de su cuarta novela, *Redburn* (1849), un éxito de masas acerca de un naif en su primer viaje entre marineros rudos, que suena muy autobiográfico. "La necesidad de hacer algo por mí mismo, unida a una disposición natural para la errancia, habían conspirado dentro de mí, con el fin de enviarme al mar como un marinero."

En 1839, Melville se inscribió como marinero en el St. Lawrence de Liverpool. Se ausentó entre junio y octubre, apenas lo suficiente para espiar en el vasto mundo. En enero de 1841 se fugó de nuevo, esta vez para abordar el ballenero Acushnet.

Fue en el Acushnet que Melville leyó *The Narrative of the Most Extraordinary and Distressing Shipwreck of the Whale-Ship Essex* (La narrativa del más extraordinario y angustioso naufragio del barco ballenero Essex), una memoria de la expedición cuya destrucción en aguas del Pacífico, luego de que un gigantesco cachalote golpeara su cabeza contra el barco, le dio a nuestro futuro autor un primer indicio de la trama de su mayor obra. En el siglo XIX, por supuesto, las ballenas no eran criaturas inteligentes que debían ser protegidas, sino monstruos que debían ser monetizados. "Porque, pensó Starbuck,"

primer oficial del Pequod en *Moby Dick*, “Estoy aquí en este océano crítico para matar ballenas por mi vida, y no para ser asesinado por ellas por la suya.”

En junio de 1842, habiendo navegado hacia el sur alrededor del Cabo de Hornos y hacia el Pacífico, el Acushnet había llenado 750 barriles con aceite de ballena. Melville escribió más tarde sobre cómo se habría obtenido:

“The red tide poured from all sides of the monster like brooks down a hill. His tormented body rolled not in brine but in blood, which bubbled and seethed for furlongs behind in their wake. The slanting sun playing upon this crimson pond in the sea, sent back its reflection into every face, so that they all glowed to each other like red men....Starting from his trance into that unspeakable thing called his ‘flurry,’ the monster horribly wallowed in his blood, overwrapped himself in impenetrable, mad, boiling spray....At last, gush after gush of clotted red gore...shot into the frightened air: and falling back again, ran dripping down his motionless flanks into the sea. His heart had burst!”¹

Después de 18 meses en el mar, Melville se estaba cansando de todo el asunto. En *Typee*, su primera novela, una mezcla de autobiografía, chicanería fabulista y préstamos no atribuidos de muchas obras anteriores, en la que dramatizó el tiempo que pasó entre caníbales polinesios hasta que, temiendo por su vida, huyó, Melville, disfrazado de un personaje llamado Tom, denunció al capitán de Acushnet como un tirano, declaró que el viaje era demasiado largo, se lamentó de la comida. Yo mismo me habría negado a navegar con las ballenas a la primera vista de esos oscuros y sucios cubículos colocados alrededor de la proa, con su madera al borde de la decadencia –¡cómo deben haber apestando! Aquí dormía la tripulación, a veces durante dos o tres años seguidos.

Al llegar a la bahía de Taiohae, cerca de Nuku Hiva, parte de un grupo de islas polinesias llamado las Marquesas, Melville escribió en *Typee* que la belleza del puerto “se perdió para mí entonces”, ya que sólo podía concentrarse en seis

¹ La traducción de José María Valverde no hace justicia a Melville: «Por fin, se dispararon al aire asustado borbotones tras borbotones de rojos sangrújos cuajados, como si fueran las purpúreas heces del vino tinto; y volviendo a caer, corrieron por sus inmóviles flancos hasta bajar al mar. ¡Había reventado su corazón!»

buques de guerra franceses. Resulta que arribó cuando los franceses y los británicos competían abiertamente por los conversos polinesios y su territorio. Ese año, un almirante francés llamado Abel Aubert du Petit-Thouars engatusó a los jefes del archipiélago, que imaginaban estar recibiendo protección, para que firmaran tratados de anexión.

¿Qué podría pasar allí en junio de 1842? De un grabado mal reproducido de un folleto “conmemorativo” de 1992 se dice al menos que deriva de ese mismo mes. En él vemos la bahía repleta de barcos y embarcaciones, por no hablar de lo que podría ser una canoa nativa, mientras que en tierra hay al menos dos filas de robustos edificios franceses, evidentemente de piedra o ladrillo. Como señala el estudioso de Melville, John Bryant, fundador de la revista *Leviathan* y editor de la edición de Penguin de *Typee*: “El joven ballenero había llegado a Nuku Hiva precisamente en el momento en que la cultura de la isla estaba a punto de morir”. Melville no fue tímido al condenar lo que vio. Uno de los encabezados de la página de *Typee* dice: “REFLEXIONES SOBRE LAS CRUELDADES DE LOS EUROPEOS.”

Corinne Raybaud, una historiadora francesa que ha vivido en Tahití durante 40 años, y que tiene mucho que decir sobre los viajes polinesios de nuestro autor, me dijo que Melville no fue el primer anglosajón que visitó Nuku Hiva, pero podría haber sido el primero, o uno de los primeros, en vivir con la tribu más antieuropea de la isla, los Typee, o, como ahora se llaman a sí mismos, los Taipi. Su mejor suposición fue que estuvo allí, en total, durante tres semanas.

Para Melville, el atractivo, creo, era la idea de la Polinesia. Como informaba un misionero estadounidense de sus encuentros allí, una docena de años antes de que Melville saliera al mar: “estoy cada vez más disgustado con la desnudez y un centenar de otros odiosos accesorios del paganismo que se nos imponen a cada paso”. Esos “accesorios” hacían cantar el corazón de muchos jóvenes, como Melville habría sabido: tenía un primo a bordo de la misma nave de ese misionero. ¿Cómo debe haber inflamado esta idea de la Polinesia a nuestro joven e inexperto estadounidense, que salió de la monotonía, la vergüenza, la preocupación y la degradación? ¿Cómo debe haber sido para él, desnutrido en

experiencia y sobrealimentado con devociones cristianas, trazar su propio curso moral en este continente parcialmente no cartografiado?

3

Hoy en día, el asombroso círculo de agua azul de la bahía de Taiohae está suavemente envuelto por las curvas de altos promontorios verdes decorados por la lluvia y la jungla de helechos. Mi primera impresión de ello, descendiendo por una ruta serpenteante desde el lado seco de Nuku Hiva, consistió en una luz dorada cayendo a través de las copas de las palmeras y los árboles de banana en el valle inclinado, y una repentina y limpia fragancia amarga. Dos días después, el círculo de colinas de Taiohae era más seco, y parte del resplandor se había desangrado del cielo. Otra mañana lloviznosa, la bahía se vestía de gris espejo, como un daguerrotipo. Pensé que olía a flores de tiaré.

Una vez anclado, el capitán de la *Acushnet*, al soltar a los hombres para el permiso de tierra, no pudo abstenerse de advertirles contra los “sinvergüenzas tatuados” que podrían inducirlos a entrar en una olla. La leyenda de esos sinvergüenzas les precedió. Como *Typee* relata, “Su nombre es espantoso; pues la palabra 'Typee' en el dialecto marquesano significa un amante de la carne humana.” Sin embargo, es evidente que era tan aterrador como para impedir que los marineros bajasen a tierra. ¿Cómo podrían estas advertencias vencer a la testosterona y a la curiosidad ferviente? Remaron a estribor, Melville entre ellos. Era el 9 de julio de 1842. No volvería a subir a la *Acushnet*.

Inmediatamente una tormenta hizo que el grupo de Melville se refugiara en “una inmensa casa de canoas que estaba de pie junto a la playa”. Después de que los otros se durmieron, Melville (como Tom) y su compañero de barco, Toby Greene, se arrastraron y comenzaron a ascender la montaña. No se habrían asustado por esa lluvia cálida. Debe haber lavado el hedor de la sangre de ballena podrida y el sudor viejo. Estaban intercambiando una religión cruel por el fruto del árbol del pan, una galleta asquerosa por mangos, literas de oscuridad tan duras como la grava por la vida esmeralda que palpita a través de *Typee*. Sus esperanzas fueron decoradas por el taro salvaje con sus hojas

gruesas y oscuras, por esas estrellas de flores amarillas en los enormes árboles de hibisco.

Mis esperanzas, después de partir de Taiohae, eran de color gris perla como el agua misma. Me puse en camino con Jean Pierre Pirota, un hombre de origen Taipi que me guió en Nuku Hiva y aceptó llevarme al valle de sus parientes. Pasando por un cementerio, dejamos atrás el monumento de madera no inscrito a un vagabundo llamado Melville, erigido por un artista local a principios de la década de los 90. En Nuku Hiva, la luz, el color y la fragancia eran tan inquietos como el mar mismo. Subimos por una carretera de cemento, que serpenteaba desde la bahía, junto a una plantación de plátanos, con un acantilado rojo húmedo a la derecha y el cielo a la izquierda. Los lectores de *Typee* podrían inferir plausiblemente que el paseo de Tom y Toby comienza con una ruta comparable. (Aquí me detengo a admitir que uno nunca debe confundir la voz narrativa de Melville con la verdad literal, pero ¿qué debo hacer? Leí sus libros con un espíritu de empatía imaginativa, condimentada con escepticismo.) Muy pronto, Tom y Toby se encuentran con cañones escarpados y crestas que los desconciertan. Dividiendo su magra reserva de pan, tropiezan, se debilitan, se empapan en la noche bajo improvisados covetizos. Tom comienza a cojear. Y luego se acercan a un precipicio y contemplan un valle paradisíaco de “verdor universal”. Sin saber si el valle es el hogar de una supuesta tribu amistosa de Nuku Hivans o de los “feroces Typees”, nuestros héroes descienden a ese húmedo y verde cielo. ¿Y luego qué? Bueno, ya saben por el título dónde aterrizan.

Habiendo aprovechado de forma adecuada del impacto de su elección, Melville rápidamente comienza –y esto es lo que le da a *Typee* gran parte de su riqueza– a socavar sus siniestras connotaciones. Primero, los Taipis los alimentan, un excelente final para cinco días de hambre. ¡Y las bendiciones continúan! Se acuestan a dormir sin ser molestados. Por la mañana, miembros nubiles del “sexo adorable” realizan una “larga y minuciosa investigación” de sus personas.

El poderoso jefe Mehevi los visita ahora, vestido con un espléndido e imponente atuendo. Lo que Tom, cuyo nombre es pronunciado por el jefe

como “Tommo”, encuentra “más notable” son “los elaborados tatuajes que se muestran en cada miembro noble”. La mayoría de los observadores euroamericanos de este período habrían utilizado la palabra “horrible”. Melville afirma que Mehevi “ciertamente podría haber sido considerado como uno de los nobles de la naturaleza, y las líneas dibujadas en su rostro podrían posiblemente haber denotado su exaltado rango”.

Y sin embargo, Herman Melville, como cualquier otra persona, era un hombre de su tiempo. En *Typee* nos informa que estos “simples salvajes” pueden obtener “el máximo deleite de circunstancias que habrían pasado desapercibidas en comunidades más inteligentes”. Condenar a Copérnico por no calcular todo lo que los astrónomos posteriores demostraron, esperar que Aristóteles viera el error de la esclavitud, es merecer el juicio más despiadado del futuro sobre nuestros propios errores, que permanecen invisibles para nosotros. Melville podía ser valiente y noble de corazón, pues, aunque era de su tiempo, también estaba alejado de él. Al afirmar que los “salvajes” podían estar justificados en resentir sus heridas a manos de la “civilización” –una verdad para nosotros– iba en contra de sus propios intereses, y le doy las gracias por ello. Inconsistente en su política, a veces truculento, entonces temeroso de sus perspectivas materiales, este joven autodidacta semi-formado encontró entre los Taipi que la aguja de su brújula moral giraba en las tormentas magnéticas de lo desconocido.

La estudiosa Ruth M. Blair propone que, en el personaje de Tommo, Melville está formando “la compleja visión de la 'civilización'... que lo pondría para el resto de su vida fuera de lugar con sus contemporáneos”.

4

Lo que más poderosamente reorienta la brújula de Tommo es “la bella ninfa Fayaway, que fue mi favorita”, una de las “varias damiselas encantadoras” que forman parte de los co-residentes de la morada de Tommo en el Valle de Taipi, una heroína caníbal icónica de todos los tiempos. Melville la describe con mucho cariño. Fayaway fue “la perfección misma de la gracia y la belleza femenina”, dice. Verán, “cada rasgo” estaba “tan perfectamente formado como el corazón o la imaginación del hombre pudiera desear”. Agrega: “Este cuadro

no es un boceto elegante; está tomado de los recuerdos más vívidos de la persona delineada.” En este retrato, no puedo evitar ver a alguien real, alguien que fue amado.

Muchas de las personas que conocí en Nuku Hiva creían que “Fayaway” realmente existía. Dijeron que se llamaba Peue. Jean Pierre me enseñó a decir ese nombre: Pah-oo-ay. Dijo que significaba “hermosa” o “mujer”.

Otro guía de Nuku Hivan que pasó por Richard Deane –su “nombre local”, según dijo, era Temarama; los marquesanos tradicionalmente renuncian a los apellidos– me dijo que “Peue significa la alfombra tejida con hojas de plátano”. Pronunció su nombre Peh-oo-weh.

Dijo: “Peue era hija de un jefe allí, y se la regalaron a Herman Melville para que tratara de mantenerlo en medio de ellos, para que lo usara como un jefe blanco y como traductor, y para que trajera alguna nueva técnica de guerra y tecnología para luchar contra los extraños”, es decir, los europeos.

“¿Crees que no se lo habrían comido?” Le pregunté.

“No, nunca.”

(Pero Jean Pierre pensó que podrían haberlo hecho.)

Le pregunté a Jean Pierre: “¿Qué opinas de Melville: bueno o malo?”

“A la gente local le gusta Melville. Un hombre hermoso, de piel blanca y ojos azules; ¡búscale una esposa! Peue es la esposa de gente importante”.

No mucho antes de que el camino se bifurcase, dijo: “En esta montaña, Melville toma el camino a Taipi Nui,” y señaló a través del siguiente abismo. Aunque poseía la credibilidad romántica de un informante nativo, mis certezas habían sido envenenadas por amargas contiendas académicas sobre la veracidad de Melville y sobre la topografía misma. Pensé para mí mismo: ¿Cómo podría alguien saberlo?

Ahora bajamos al valle de Taipi, que permanece como Melville lo describió, largo y estrecho entre dos altas crestas. Hacia el interior del mar verdoso con sus magníficas nubes, la bahía parecía poco profunda y de fondo plano. Soñé mi camino hasta ese largo tramo de océano ancho. Había muchos yates blancos, que según Jean Pierre estaban habitados por extranjeros que anclaban aquí “para relajarse”.

Por el valle corría el río llamado Vai-i-nui, la gran agua. El nombre “Taipi” significa “marea alta” o “donde el río se encuentra con el mar”. Así que aquí estábamos, en Taipi. Jean Pierre recogió una flor de tiaré de un árbol, que colocó en su largo cabello oscuro.

Había pedido encontrarme con cualquier Taipi que pudiera tener a Melville entre sus antepasados, así que Jean Pierre me llevó a encontrarme con su tío, Monsieur Jean Vainiaanui, “llamado Pukiki”, como él añadió en mi cuaderno. “El blanco de su piel, de la piel de su familia, es el mismo que el tuyo”, dijo mi guía. *“C'est le descendant”*.

La habitación delantera de la casa era oscura y moderadamente fresca. El tío y la tía mostraron un pequeño placer por mi intrusión. Ya se habían reunido antes con periodistas. Como a mí mismo no me hubiera gustado que me importunaran en nombre de un lejano antepasado extranjero que había fecundado a mi tatara-tatara-tatara-abuela y luego abandonado a la familia, lo mantuve muy poco tiempo, tanto más cuanto que Jean Pierre, que normalmente se quedaba a mi lado en caso de que tuviera preguntas, ahora salía a pasear y me dejaba a mi suerte. Quizás el trato era el siguiente: el tío se sometió a entrevistas para ayudar a Jean Pierre a ganar dinero. A cambio, Jean Pierre evitó realizar cualquier acción que pudiera extender esas entrevistas.

Retirado en una oscura habitación interior, Monsieur Vainiaanui regresó con un pequeño retrato de Melville, que por supuesto me impresionó hasta que me enteré de que un “amigo francés” (tal vez un periodista) se lo había presentado recientemente.

“Señor, ¿es usted descendiente de Melville?”

Dijo algo que sonaba como “Pas mari”. No podía entenderlo. Un francófono fluido que revisó el archivo de audio concluyó más tarde: “Realmente está murmurando, y esa fue la parte más difícil de entender. Creo que está diciendo que no, que no es descendiente de Melville, porque la primera palabra es definitivamente 'pas', o 'no'”.

“¿Por cuántas generaciones ha estado tu familia aquí?” Le pregunté a Monsieur Vainiaanui.

Se quedó en silencio, y luego dijo: “Muchos. Vivimos aquí. Mi tatarabuelo vino aquí.”

“¿Cuánta gente vive ahora en Taipivai?”

“Cuatrocientos”.

“Y la gente de aquí, ¿todavía tiene recuerdos de Melville?”

“No”, dijo con calma.

“¿Qué piensas de él? Para ti, ¿es alguien bueno o malo?”

“Sí, una buena pregunta. ¿Bueno o malo? Creo que Melville era un aventurero; era alguien que quería ver cosas. Era normal que viniera aquí”.

“¿Y la gente de aquí no tiene ningún recuerdo de Peue?”

“No”, dijo.

Odiándome por haberlo molestado, le di las gracias por la entrevista y salí.

“¿Así que es el descendiente de Melville?” Pregunté una vez más.

“*C'est possible*”, dijo Jean Pierre.

Volvimos a entrar en el camión de Jean Pierre y nos dirigimos a un lugar solitario en la selva, acercándonos al lugar donde Melville podría haber vivido con Peue entre los Taipi. Entrando vapor de media mañana de un baño, desacoplé mi bastón segmentado y me lancé a otra transpiración marquesana. Jean Pierre me advertía sobre los mosquitos: “*Beaucoup de dengue*”, se rió.

(Casi todos los que pregunté en las marquesas habían sufrido al menos una visita de la fiebre.) Luego bajamos por un sendero de montaña que rápidamente se agotó en los arbustos.

En diez minutos llegamos a nuestro destino, que según *Typee* se encontraba “a medio camino de la subida de un terreno bastante abrupto”, donde “se colocaron varias piedras de gran tamaño... a una altura de casi dos metros y medio”. A poca distancia fluía el río Vai-i-nui, evidentemente el arroyo en el que Tommo y Peue se bañaban durante media hora cada mañana. Hasta ahora, la topografía correspondía a la descripción, y allí, en un ángulo recto con respecto a la pendiente, se elevaba una roca de eminencia plana de aproximadamente dos metros y medio. Su nombre taipi, tal como fue transliterado por Melville, era un pi-pi. Sobre ella se habría levantado alguna vez la casa de alguna familia, cuya estructura de bambú y transversales de madera de hibisco habían desaparecido hace mucho tiempo.

Jean Pierre dijo que este *tohua*, un área central despejada para las festividades del clan que en un extremo podría incluir un lugar para el sacrificio humano, había sido abandonado hace generaciones debido a la malaria, antes de que llegara la fiebre del dengue.

“¿Cómo sabes que este era el sitio de Melville?”

“Porque mi abuelo me lo dijo”, dijo Jean Pierre.

La mayoría de las veces el *tohua* era un revoltijo de rocas, el suelo cubierto hasta el grosor de un tobillo por una planta de hiedra que había sido importada de Nueva Zelanda para alimentar a las vacas. Aquí, donde Melville y Peue solían “pasear”, “a veces de la mano”, con “caridad perfecta” para todos “y especialmente buena voluntad mutua”, yo tomé mi propio paseo, hasta que Jean Pierre me advirtió de los cocos que podían caer. En 2007, una turista y su guía fueron asesinados por ellos en una pintoresca cascada cercana.

Sentado en una roca húmeda y musgosa, miré hacia abajo por una pared empinada de rocas hasta el río. Mis rodillas brillaban con mordiscos. Debajo había un pavimento de rocas de color blanco y la brisa encantadora y el Vai-i-

nui marrón-verdoso, un riachuelo rápido. En su fluir las doncellas vadeadoras de Taipi solían empapar sus cáscaras de coco y pulirlas con piedras.

Tomé una dura lima verde de su espinosa rama. Era muy fragante. Cuando nos detuvimos a comer queso y galletas saladas, Jean Pierre la cortó con su machete para que yo pudiera meterla en mi botella de agua.

Una de las características de *Typee* más ofensivas para los estadounidenses del siglo XIX fue su erotismo desvergonzado. (Otra fue la rabia de Melville contra los misioneros.) Cuando comenzó a componerlo, “llegó muy lejos al plantar no sólo pasajes sensuales sino también obscenos en su manuscrito decente”, escribe su biógrafo Hershel Parker. Omitiéndolos, contentémonos con insinuaciones menores: “Bañarme en compañía de tropas de chicas fue una de mis principales diversiones”. “Había una ternura en su manera que era imposible de entender o resistir.” “Todas las noches las chicas de la casa ungían todo mi cuerpo” –¿tu cuerpo entero, Herman? – “con un aceite aromático, exprimido de una raíz amarilla”.

Nuestro héroe aparentemente vivía con tranquilidad. ¿Pero luego qué? Así como la guirnalda de flores rojas, blancas, amarillas y verdes que mi Taiohae *femme de ménage* Isabelle colgaba de mi cuello olía tan bien al principio, luego se marchitaba y empezaba a pestar, ¡así fue, amigos míos, para el pobre Tommo! Verán, se preocupaba de que sus anfitriones *typee* se lo comieran.

¿Y si esos malos pensamientos eran meros adornos, y la simple verdad era que la alegría había desaparecido de su estancia en Taipivai? “Los dioses no están contentos para siempre”, escribe en *Moby-Dick*. “La marca de nacimiento inefable y triste en la frente del hombre, no es más que el sello del dolor en los firmantes.”

Lo más probable es que, ignorando la lengua y la cultura marquesana, simplemente *no supiera* si estaba en el menú.

Permítanme describir una cierta ruina vieja y extraña en el otro lado de la isla. Un olor a miel llegó con la brisa de la tarde, y oí un graznido similar al de un cuervo. Las palmas se inclinaron juntas y susurraron tras las largas y bajas paredes de una terraza con escalones anchos. Escuché un sonido de aleteo, entonces un pájaro empezó a llamar ¡waaaa! y todo se quedó inmóvil en las plataformas de basalto negro. En el húmedo crepúsculo, las plataformas con su liquen blanco comenzaron a verse siniestras. Mi ojo estaba sostenido por un solo baniano, de unos 500 años de edad, que brotaba hacia arriba como una entidad espeluznante y sagrada sobre un altar. Las nubes se oscurecieron; las terrazas ya eran siluetas; las hojas comenzaron a oscurecerse por completo.

Cuando Jean Pierre me llevó a ella, apenas se podía ver el famoso petroglifo del sitio. De sus representaciones recuerdo más a la gran tortuga, representada porque las tortugas vienen del mar para poner huevos y luego perecen; por lo tanto, después de morir, nuestro espíritu va igualmente al mar; así podría haber creído el artista, dijo Jean Pierre, “tal vez mil años después de Cristo”.

Sintiendo mi camino con mi bastón, di golpecitos de roca en roca. Jean Pierre señaló un pozo profundo, oscuro contra la oscuridad, al que llamó el antiguo calabozo. En realidad era más como un armario de carne, el lugar en donde mantenían a los guerreros enemigos que eran capturados hasta el momento de comer. Imaginen ser un huésped solitario cerca de cualquiera de esos lugares (y cada clan tenía uno), entre gente con la que apenas se podía comunicar. ¿Cómo podía Melville saber lo que significaba realmente la sonrisa de Peue, o si Kory-Kory, su gentil sirviente, podría de repente asumir el papel de carnicero?

Todo lo que sabemos de su fuga –muy alterada en *Typee*, lo que no quiere decir falsa; los indígenas pueden haberlo intercambiado pacíficamente con los europeos– es que en agosto de 1842 nuestro autor terminó en la ballenera Lucy Ann, una aventura que él utilizó para la secuela de *Typee*, *Omoo*. Sin mano de obra debido a las deserciones, el capitán del barco rescató a Melville, que se embarcó en un crucero hasta Tahití. Razonablemente temeroso de más

deserciones, en Tahití el capitán prohibió que sus hombres se fueran a la orilla; así Melville, insubordinado como siempre, se unió a un motín. (Falló.)

En Tahití lo arrojaron en Calabooza Beretanee (la transliteración de Melville), que en tahitiano significa “cárcel inglesa”. Me hubiera gustado ver este lugar, pero no quedó nada de él. Nuestro autor tenía sus pequeñas maneras; pronto su confinamiento fue relajado, luego remitido, y se encontró a sí mismo como un vagabundo una vez más. Durante su estancia en Tahití, observó a los misioneros blancos invadir las casas de la gente a la hora de comer, mientras que los policías nativos arrastraban a cualquiera a quien podían atrapar para asistir a los servicios dominicales. El nuevo código moral se aplica de manera punitiva; el sistema educativo es una especie de apartheid. *Omoo* describe amargamente a los viejos misioneros, a cuya vista los nativos “se esconden en sus chozas”. Melville sólo pudo concluir que “los tahitianos están peor ahora” por el encuentro.

En Papeete, la capital de la Polinesia Francesa, en Tahití, mi pensionista Luc François no estaba en desacuerdo con Melville. “¡Deseo que los misioneros se queden en casa, porque dicen que su dios es mejor que el otro dios!” Se rió. “Dicen: ‘Ahora tienes que rezar a mi dios, tienes que ponerte un vestido, tienes que esconder un tatuaje’. Pero mi tatuaje es la historia de mi clan, la historia de mis hijos. Pero ellos dicen: ‘A mi dios no le gusta’. Somos un lugar pequeño, un pedazo pequeño del universo. ¿Por qué vienes a mí y me dices eso?”

Con la cultura nativa cambiada, Melville llegó a la conclusión de que las perspectivas de los isleños eran nulas. La guía en inglés, cuyo trabajo era atraerme aquí para que pudiera infligir mi propio daño cultural, admitió que “la violencia doméstica y el incesto son frecuentes. Esto está estrechamente relacionado con los altos índices de alcoholismo... poco se ha avanzado”. Encontré la evaluación final de la guía fuera de lugar. Para empezar, los habitantes de Tahití, unos 9.000, según Melville, ahora son casi 200.000. Algunos de ellos me sonreían, allí mismo, en las sombras húmedas e inmóviles de Papeete, con el suave zumbido del tráfico a mi alrededor, mientras yo me sentaba en un bosque de palmeras, entreteniendo a la gente con mis saludos en

mal francés. Por la noche bailaban el uno para el otro, no por dinero. Su lengua aún vive.

10

Alrededor de noviembre de 1842, Melville se fue a la isla de Moorea. Encontrándose presionado por su infeliz trabajo cavando patatas, decidió visitar un pueblo llamado Tamai, donde “habitaban las mujeres más bellas y poco sofisticadas”.

En bien de la ciencia, me dirigí a Tamai, ahora llamado Temae, y en una parte de la isla diferente a donde Melville lo había ubicado. Habló de un lago; sí, vi un cuerpo de agua salobre al lado del aeropuerto; sus aguas poco profundas estaban cubiertas de algas y de cocos podridos. Algunos días después de ver los movimientos “apasionados”, “con los pechos palpitantes” de esos sílfides de Temae, Melville recibió la advertencia de que la ley estaba en camino; temiendo que fuera arrestado por vagancia, tuvo que irse.

Luego me acosté en un pabellón de concreto junto al océano turquesa con su línea de arrecife justo antes del horizonte. Diez días después de huir de los policías de Temae, Melville entró en este mismo lugar. Era experto como siempre en aceptar la hospitalidad de los polinesios. Bañado, saciado y vestido, se tomó el tiempo para admirar el aceite de coco que ardía dentro de una lámpara hecha de medio melón verde, “una suave luz de ensueño que se derramaba a través de la corteza transparente”. Y aquí quiero decir que muchos de sus escritos polinesios tienen que ver, como es debido, con los placeres de la ociosidad, e incluso de la somnolencia.

La mujer papeetiana, delgada y de mediana edad, cuyo machete me abrió un jugo de coco, nunca había oído hablar de Melville; se preguntó si ese sería mi nombre. La radio estaba tocando una vieja canción que siempre me gustó sobre ir a San Francisco. A la salida de la ciudad, una señal advirtió sobre falsos profetas.

11

Finalmente, Melville se embarcó en el ballenero Charles y Henry. En algún momento entre enero y marzo de 1843, llegó a Hawaii, luego llamado como las Islas Sandwich. La mayoría de sus acciones allí no pueden ser verificadas. Podría haber aterrizado en Lahaina. Sabemos que pasó algún tiempo en Honolulu, donde firmó un contrato de un año para trabajar como contable de un inglés. Mientras tanto, el Acushnet, que también había llegado a Hawaii, publicó una denuncia de deserción en su contra.

En agosto de 1843, tras haber roto su contrato, Melville se alistó en el USS Estados Unidos. Aterrizaron en Nuku Hiva en octubre, luego permanecieron una semana anclados frente a Tahití, y esa fue la última vez que vio de la Polinesia.

A estas alturas, el tímido joven inocente ya había encontrado sus piernas de mar. Podía desafiar, desertar, blasfemar y fornicar con los mejores. Se había sentido cómodo con el hecho de que “de la vida salvaje que llevan... los marineros, como clase, entretienen las nociones más liberales sobre la moralidad y el decálogo”. Y, de hecho, como Charles Roberts Anderson escribe amargamente en la última página de su tomo de 1939, *Melville in the South Seas*: “En una década, el sumo sacerdote de los Mares del Sur se había convertido, al menos a sus ojos, en el hereje de una civilización inquisitorial”.

Melville odiaba las restricciones a su libertad; de ahí sus amotinamientos y vagabundeo. Así que siguió llamando a la autoridad, yendo adelante en un largo crucero hacia la autoexpresión sin trabas, que en nuestro mundo es igual a la autodestrucción. De Hawaii, escribió, “¿Qué tiene ['el salvaje'] para desear de la mano de la Civilización?... Que las islas hawaianas, una vez sonrientes y populosas, con sus nativos ahora enfermos, hambrientos y moribundos, respondan a la pregunta. Los misioneros pueden tratar de disfrazar el asunto como quieran, pero los hechos son incontrovertibles”. Desafiante siempre, con una audacia cada vez mayor en su estilo, navegó en la dirección de su grandeza desconocida.

Así que regresó a su país –desde luego no el de hoy–. “Tres veces felices son aquellos que, habitando en alguna isla aún no descubierta, nunca han estado en contacto contaminante con el hombre blanco,” dice *Typee*. De ello se deduce que él los había contaminado, y ellos ciertamente le hicieron el mismo favor.

Escribió a Nathaniel Hawthorne, a quien adoraba, que “no tuvo ningún desarrollo” hasta los 25 años, es decir, alrededor de 1844. En ese año comenzó a escribir *Typee*. Los hermanos Harper lo rechazaron un año después. Su hermano Gansevoort, que seguía siendo el apoyo de la familia, lo llevó a la editorial londinense Murray, que lo imprimió moderadamente expurgado en 1846. Casi inmediatamente, gracias al escritor Washington Irving, *Typee* obtuvo un editor estadounidense, George Putnam.

Las primeras críticas fueron favorables; ningún otro libro suyo se vendió tan bien. Eso lo hizo famoso. Pero el 14 de marzo, una revista británica, *The Critic*, dijo: “Pocas veces los salvajes han encontrado un vindicador tan celoso de su moral; pocas veces, también el cristianismo ha tenido un hijo tan ingrato.” Aunque *Typee* y luego *Omoo* continuaron cosechando elogios, los ataques a su cristianismo, reforzados por las denuncias de Horace Greeley de su “ansia de compañía suelta no siempre del orden masculino”, comenzaron a deshacer la carrera de Melville.

Cuando Gansevoort murió repentinamente en 1846, el joven autor tuvo que redoblar sus esfuerzos para mantener a su pobre y anciana madre. Afortunadamente, había atraído a la rica y guapa Elizabeth Shaw.

¿Qué vio ella en él? Era guapo, fascinante, un narrador de historias. Debe haber parecido alguien prometedor. En otras palabras, sucedió, en ese extraño interludio en el cual olvidaba la excelencia de Peue en tocar la flauta de la nariz, pero apenas imaginaba el gran bulto de la ballena blanca deslizarse hacia el Pequod, que fue capaz de lo que la mayoría de la gente llama “responsabilidad”.

Presionado por su editor estadounidense para que reimprimiera *Typee* con numerosas expurgaciones antimisioneras y eróticas, siguió adelante, esperando

alguna garantía de ingresos en el futuro, pues anhelaba casarse con Lizzie, cuyo padre no tenía la intención de arrojarla a la pobreza.

Con ese desafío autodestructivo por el que lo amo, afiló su arpón contra los misioneros, con bastante alegría, en *Omoo*. Tampoco desistió. Hershel Parker escribe que finalmente “resolvió” su “rencor contra sus acusadores y atormentadores presbiterianos” en el capítulo 10 de *Moby Dick*, en el que Ismael adora al ídolo de madera del caníbal Queequeg.

Pero eso no resolvió nada. Una y otra vez la gran ballena blanca de la conformidad judeo-cristiana se estrelló contra su moral. Lizzie había esperado casarse con Herman en la iglesia, “pero todos pensábamos,” escribió en una carta, que “si antes se supiera que ‘Typee’ iba a ser visto en un día así, una gran multitud podría salir corriendo por mera curiosidad”, o algo peor.

El 7 de agosto de 1847, tres días después de la boda, el *Daily Tribune* se rió entre dientes: “BREACH OF PROMISE SUIT EXPECTED MR. HERMAN TYPEE OMOO MELVILLE has recently been united in lawful wedlock to a young lady of Boston. The fair forsaken FAYAWAY will doubtless console herself by suing him....”²

13

Los Melville vivían del dinero del padre de Lizzie. Para mejorar su reputación, es decir, sus finanzas, en 1849 Herman apuró *Mardi* y *Redburn*, seguidos de *White-Jacket* al año siguiente, todos cuentos de un novato en el mar. Estos apaciguaron, si no excitaron, a los críticos: “El Sr. Melville parece dispuesto a seguir adelante, si sólo se toma su tiempo y esfuerzo, y no se sobreescribe.” En el mejor intento de suicidio profesional, consideró ambos últimos volúmenes con desprecio, escribiendo al padre de Lizzie (que puede no haber estado encantado de oírlo) que “es mi deseo más ferviente escribir ese tipo de libros de los que se dice que ‘fallan.’”

² El juego de palabras no es traducible. Algo aproximado sería: “SE ESPERA DEMANDA POR INCUMPLIMIENTO DE PROMESA. EL SR. HERMAN TYPEE OMOO MELVILLE se ha unido recientemente en un matrimonio legal con una joven de Boston. La bella y abandonada FAYAWAY se consolará sin duda demandándolo...”

Como para probar el punto, ahora comenzó su inmersión profunda. Escribió en un ensayo adulador sobre la ficción de Hawthorne: “Ahora es la oscuridad en Hawthorne....lo que tanto me fija y me fascina. Esta negrura es la que amuebló la infinita oscuridad de su trasfondo, el fondo contra el que Shakespeare paga sus más grandes conceptos”.

¿Qué gran concepto podría apostar a la ventaja más contrastada contra un fondo negro? ¡Algo blanco! ¿Y por qué era esta blancura algo de lo que escribir, de lo que temer, de lo que ser perseguido? Podría ser, como Melville escribió en “La Blancura de la Ballena”, el famoso capítulo 42 de su obra, “que por su indefinición ensombrece los vacíos e inmensidades sin corazón del universo, y así nos apuñala por la espalda con el pensamiento de la aniquilación”. ¿Quién era Melville sino un hombre impulsado por lo desconocido? ¿Qué le quedaba sino viajar más allá de todo, al lugar donde la infinidad es la nada, y el blanco y negro se contienen entre sí?

Los Melvilles ya se habían mudado cerca de los Hawthornes en los Berkshires, a la casa que ellos llamaban Arrowhead. (Nuestro héroe la hipotecó dos veces.) Y así el ex-marinero se encerró en sí mismo. Años más tarde, su viuda recordó que él “se sentaba en su escritorio todo el día sin comer nada hasta las cuatro o cinco de la tarde, y luego se levantaba temprano y salía a caminar antes de desayunar”. Todo el tiempo pedía dinero prestado y más dinero, manteniendo sus deudas en secreto.

“Lo que más me commueve escribir, eso está prohibido; no pagará”, le escribió a Hawthorne. “Sin embargo, en resumen, no puedo escribir de otra manera.” Luego, por un breve instante, parpadeó ante lo que estaba inmutablemente decretado, perdió temporalmente la fe en su propia fatalidad de Shakespeare, y añadió: “Así que el producto es un desastre final, y todos mis libros son chapuceros”. Para entonces, *Moby Dick* ya estaba en imprenta.

Una cierta fotografía submarina en mi edición de *The Wreck of the Whaleship Essex* muestra a un cachalote dirigiéndose hacia adelante como un torpedo gris-verde con aletas, su mandíbula inferior un apéndice extrañamente

estrecho en la parte inferior de esa vasta y cuadrada cabeza. Tal era la ballena que se cocinaba en el Essex, tal debía ser la ballena en *Moby Dick*: corriendo a aplastarlo todo, para que la grandeza de Melville pudiera llegar a la gloria.

En nuestros días, los habitantes de un planeta biológicamente disminuido pueden sentir más simpatía que temor por “esa malignidad inteligente e inexistente” de la famosa ballena blanca, pero lo que lo convierte en un personaje literario tan inquietantemente grande es su total, y por lo tanto completamente ilegible, alienación, una ampliación infinita de la exótica alteridad que su creador había buscado en el Pacífico Sur.

Hacia esa colisión entre la ballena y el Pequod, Melville escribió su camino hacia adelante, empleando a su esposa o hermana como copistas, esquivando la monótona religiosidad de su madre, yendo más profundo y más oscuro hacia el mar, para que al final pudiera llevarnos con él.

Mantuvo su desafío con un núcleo que era extrañamente dulce. De *Moby Dick*: “Porque así como este océano espantoso rodea la tierra más verde, así en el alma del hombre hay una Tahití insular, llena de paz y alegría, pero rodeada de todos los horrores de la vida medio conocida. ¡Que Dios te guarde! No salgas de esa isla, no puedes volver nunca!”

15

Entonces, ¿qué es esta novela, con su qué y porqué nunca explicados del todo, sus personajes nunca “desarrollados”? ¿Qué encaja mejor que la “grandeza poco discernible” de una gran mente, como Melville escribió de Shakespeare? Y así llega el clímax embrujador y el final del libro, con los tiburones comiendo los remos de las lanchas balleneras que avanzan en la persecución fatídica de ese monstruo blanco que ejemplifica la blancura, la gloria, la malicia y la divinidad.

Fue publicada en 1851. La versión británica salió sin el epílogo, en el que Ismael se revela como el único superviviente del navío ballenero Pequod. En consecuencia, Melville fue denunciado por su aparente descuido en la elaboración de una narrativa en primera persona en la que todo el mundo muere. La versión americana contenía el epílogo, pero algunos críticos citaron

idiotece del desdén británico. Algunos americanos fueron amables. Un crítico que podría haber sido Horace Greeley habló de su “originalidad y poder”. *The Republican* de Springfield, Massachusetts, encontró “una gran e interesante red de narrativa”, aunque “no hay ningún Fayaway en ella. ¡Ay, voluble y olvidadizo Melville, nunca olvides a la gentil nativa que se entregó a ti!” Peor aún, la “blasfemia e indecencia” del libro, advirtió un periódico congregacionalista de Nueva York, “hace imposible que un diario religioso elogie de todo corazón cualquiera de las obras de este autor que hayamos examinado”.

Eso lo dijo todo. Sus suegros se volvieron contra él; su madre despreciaba sus muchas blasfemias; su esposa y sus hermanas comenzaron a perder la fe en él.

16

Después de escribir la parábola épica de un hombre que persigue implacablemente el misterio que lo destruye, Melville se volvió, como se dice, hacia adentro, o al menos hacia la tierra. Debía de estar desmoronándose para entonces; cada vez que las ráfagas de la pobreza, la humillación, el odio, la burla y la desilusión lo atravesaban, se desmoronaba más dramáticamente, de la misma manera que un barco de vela podría deshacerse en un tifón, su jarcia agitándose como el pelo de un gato que se eriza.

Lo que había escrito acerca de Acab ahora se aplicaba a sí mismo: “Dios te ayude, viejo, tus pensamientos han creado una criatura en ti; y aquel cuyo intenso pensamiento lo convierte así en Prometeo; un buitre se alimenta de ese corazón para siempre; ese buitre es la misma criatura que él crea.”

17

Sus editores norteamericanos, los Harpers, que ya lo habían obligado a términos financieros ruinosos, negaron su siguiente obra, *Pierre* —¡ay!, una novela sobre un escritor desesperado que se estaba deshaciendo—. Su amable editor británico se ofreció a publicarla, pero no pronto, y sin ningún avance. Desconcertado, Melville nunca contestó; así terminó su publicación independiente al otro lado del Atlántico.

Eso fue en 1852. En mayo de 1853 completó *La Isla de la Cruz*. Los Harper rechazaron ese libro, que posteriormente se perdió; él podría haberlo quemado. Pero como los fracasos de sus libros anteriores lo habían dejado en deuda con ellos, le permitieron escribir anónimamente para su revista. También escribió para la revista *Putnam's*. Durante el año siguiente, para ellos produjo sus mejores cuentos: “Bartleby, el escribiente”, cuyo “preferiría no hacerlo” nos persigue hasta el día de hoy, y el melancólico e irónico “Benito Cereno”, en el que una aparente realidad se vuelve al revés. En ambos cuentos, encontramos la inversa de esas generalizaciones juveniles y de buen corazón sobre la alteridad que se encuentran en las páginas de las novelas de los Mares del Sur. Mientras tanto, su autor sufrió reumatismo y dejó de pagar sus deudas.

Aunque Melville vivió 40 años después de *Moby Dick*, no fueron buenos años. Permítanme, por lo tanto, prestar atención a la sentencia pronunciada cerca del final de *Israel Potter*, su novela de 1855 sobre el yanqui rebelde del mismo nombre encarcelado en Gran Bretaña. “Lo mejor que se puede seguir ahora es esta vida, apresurándose, como ella misma, a terminar. Pocas cosas quedan.”

Habiendo perdido a Arrowhead como resultado de sus deudas, la familia se mudó a Nueva York. En 1857 se publicó *El hombre de la confianza*. No le valió “ni un centavo”. Sus diversos poemas no lo hicieron mejor, ni siquiera sus “impecablemente patrióticos”.

Más o menos cuando comenzó la Guerra Civil, su generoso suegro murió; el legado a Lizzie le permitió mantener a la familia por un tiempo. En 1866, su esposo finalmente consiguió un trabajo como inspector de aduanas en Nueva York por \$4 al día. Se mantuvo en ello durante casi 20 años.

18

En 1867, escribe Hershel Parker, “los Shaws decían que Lizzie creía que Herman estaba loco.” Ella parece haber considerado separarse de él. Ese mismo año, su hijo Malcolm se disparó accidental o deliberadamente en la cama, muerto a los 18 años.

Nueve años más tarde, cuando Lizzie le ayudaba a leer las pruebas de su poema publicado por vanidad “Clarel” (que el *New York Independent* pronunció “destituido de interés o habilidad métrica”), ella escribió en una carta que él estaba en “un estado terriblemente nervioso”.

En 1886 se retiró finalmente de la aduana. Cinco años más tarde, con *Billy Budd*, otra obra maestra, inacabada, murió, apropiadamente, de un corazón agrandado. Después de publicar un obituario tardío, el *New York Times* publicó un agradable memorial: "THE LATE HIRAM MELVILLE".

Las modas cambian. Ahora alabamos a Melville por sus sombríamente hermosas oscuridades, el vaivén oceánico de alteraciones que van de historia a ensayo a broma y de regreso una y otra vez. En *Why Read Moby Dick*, un extravagante volumen de 2011, Nathaniel Philbrick interpretó esa obra maestra como un depósito cósmico para nuestro destino nacional³: “En las páginas de *Moby Dick* se encuentra nada menos que el código genético de Estados Unidos: todas las promesas, problemas, conflictos e ideales que contribuyeron al estallido de una revolución en 1775, así como de una guerra civil en 1861, y que continúan impulsando la siempre polémica marcha de este país hacia el futuro”.

Yo elogio a Melville porque al menos en cierto modo era un estadounidense ideal: celebró la igualdad de todos nuestros hermanos y hermanas. ¿Cuántos otros estadounidenses de su época podrían haber escrito de forma tan tolerante, incluso amorosa, sobre el arponero caníbal tatuado Queequeg? “¡Y qué es, pensé yo, después de todo! Es sólo su exterior; un hombre puede ser honesto en cualquier tipo de piel.” Ya sea que Queequeg existiera o no, o que Fayaway fuera Peue, Melville trajo de vuelta a la Polinesia dentro de él, y mostró su gran corazón al honrarla.

Y ahora, cuando relea *Typee*, recordaré la selva verde esmeralda; *Omoo* es todo océano e islas, azul y verde. *Moby Dick* abarca los dos polos de la falta de color:

³ El de Estados Unidos (nota del traductor).

la profunda oscuridad submarina, el destino final del Pequod y de todos nosotros, es decir, el hogar de la ballena blanca.

Pero no; a pesar de que llamo a *Typee* un libro esmeralda, cualquiera que anhele las oscuras profundidades de *Moby Dick* sólo necesita descender por el tortuoso camino debajo de esas hojas de sierra lisas del Valle de Taipi, con las nubes nocturnas aún ligeramente luminosas, el valle negro con helechos y hojas saltando a la vista en cada contragolpe, el abismo en sí mismo es una negación reificada.

Aquí viene otro árbol de bananas, una araña dorada en los faros. Las montañas oscuras suben cada vez más alto por el parabrisas; el camino se mantiene pálido y feo. Con poca frecuencia vislumbro troncos blancos de árboles en la oscuridad; huelo humus. Ya hemos descendido tanto que el cielo está casi fuera de nuestra vista. A poco más de 500 pies del sendero hacia el “tohua Melville”, no disiendo nada más que oscuridad entre los pálidos árboles. Entonces estamos allí, con las plantas como esqueletos blancos, ahogándose en más oscuridad; desde allí abajo, donde Melville solía vivir, huelo musgo, y oigo un monótono susurro.